

les pueden ser las ideas morales de un Español, de un Portugues ó de un Italiano, que ve unirse al poder espiritual y al temporal para someter á los más refinados tormentos á un judío, á un hereje, á un hombre que, por ligereza, haya emitido opiniones un poco libres acerca de la religion, ó que haya violado algun mandamiento de la Iglesia, mientras ve que el templo de su Dios ofrece seguro asilo á un asesino, cuyas manos humean aún con la sangre de sus semejantes!» (1). ¡Hé aquí el funesto efecto de la moral religiosa! Es una moral dictada por el interes de una casta para la cual todos los medios son buenos, cuando se trata de conservar ó de aumentar su poder. ¡Y aún no hemos acabado!

En la moral religiosa las virtudes reales son substituidas por virtudes artificiales: «Nada más ridículo, nada más extravagante, que las virtudes de que los ministros de Dios hacen depender los favores del cielo! Uno dice á su pueblo que corte el prepucio á sus hijos, que se lave con frecuencia, que se abstenga de ciertas carnes abominables á los ojos del Señor, que ofrezca frecuentes sacrificios, que observe ciertas pequeñas ceremonias con el mayor escrúpulo; otro prescribe como un punto capital para la salvacion eterna que el hijo, culpable ya ántes de nacer, sea regenerado en las aguas del bautismo!» Se dirá: ¿qué importan esas prácticas, si no impiden cumplir las demás obligaciones que la moral impone? Desgraciadamente, es tal la estupidez de los devotos, que se imaginan haber cumplido todos sus deberes cuando han hecho servilmente lo que les ha mandado el sacerdote. ¡Las abluciones, los sacrificios, las ceremonias, los misterios, son para ellos todas las virtudes! (2).

Si hay virtudes artificiales en la moral religiosa, hay tambien pecados y crímenes artificiales. La religion nos enseña á considerar como los mayores de los crímenes ciertas acciones indiferentes en sí mismas. Diderot hace una amarga crítica de esta perversion del sentido moral. Permitásenos citar sus palabras, aún cuando sean malsonantes. Es un diálogo entre un filósofo y una gran señora, una mariscal; el filósofo le dice al oído: «Señora mariscal,

(1) *Historia de la supersticion*, t. II, p. 174.

(2) *Idem*, t. II, 78-81.

preguntad al vicario de vuestra parroquia cuál de estos dos crímenes es más atroz: orinarse en un vaso sagrado, ó manchar la reputacion de una mujer honrada! El primero le hará estremecerse de horror, lo llamará sacrilegio, y la ley civil participa del mismo extravío; apénas hace caso de la calumnia, al paso que condena á la hoguera al sacrilego.» ¿Quién ha embrollado así las ideas? ¿Quién ha corrompido hasta tal punto los ánimos? La moral religiosa. La mariscal se ve obligada á confesar que el filósofo tiene razon. Y añade: «Conozco más de una mujer que tendria escrúpulo de comer carne en viérnes, y que....» (1). Nos detenemos; ¿quién no conoce mujeres y hombres de esta especie? ¿Pilares de iglesia que no tienen sentido moral! Preguntamos otra vez: ¿quién los ha pervertido? La moral religiosa.

No es esto todo. La fe vicia la conciencia hasta el punto de que los crímenes son reputados como virtudes y las virtudes como crímenes. ¿Cuál es el primer derecho, el primer deber del hombre, sino pensar con libertad? ¿Puede haber una moral, si no se desarrolla la razon? Y ¿cómo ha de ilustrarse ésta si no es libre? Sin embargo, la Iglesia reprueba el libre uso de la razon en cuestiones de fe; sus más ilustres doctores dicen unánimes que la herejía es el mayor de los crímenes. ¡Si la herejía es un crimen, la persecucion es un deber; los autos de fe, las guerras de religion, las dragonadas son obras agradables á Dios! ¡Después de haber falseado de este modo el sentido moral, viene la religion alabándose de que solamente ella tiene una moral! ¡Se atreve á acusar de inmORALES á los hombres por el solo hecho de salirse de su seno!

La Iglesia ha desarrollado prácticamente sus ideas durante siglos. Por los frutos se conoce el árbol. ¿Cuáles son los países en que la inmoralidad es mayor? Aquellos en que florece la supersticion, responde d'Holbach: «En España, Portugal, Italia, en donde se ha fijado la secta más supersticiosa del cristianismo, los pueblos viven en la más vergonzosa ignorancia de sus deberes; el robo, el asesinato, el desórden, llegan á lo sumo. La religion, cómplice del crimen, ofrece asilos á los criminales y les presenta medios fáciles de reconciliarse con la Divinidad. Las oraciones,

(1) DIDEROT, *Diálogos de un filósofo* (Obras, t. I, p. 210).

ciertas prácticas y ceremonias, dispensan al parecer á los hombres de tener virtudes.» Hé aquí en lo que se ha convertido la moral en los países que se precian de poseer el cristianismo en toda su pureza! (1). ¿De qué sirve, pues, la moral religiosa? No es útil más que para los sacerdotes, responden los incrédulos, porque está hecha á medida de sus intereses. Por lo demás, mata la conciencia; no se sabe ya lo que es virtud ni lo que es vicio; la virtud es lo que es útil al sacerdote; crimen, lo que le perjudica. ¡Y para falsear por completo el sentido moral, se hace á Dios cómplice de esta política de bribones! ¿Qué hay que hacer, pues, para regenerar la moral? Es preciso desligarla de los vínculos del dogma; es preciso emancipar al hombre de las cadenas de la superstición. «Solamente la razón hace mejores á los hombres» (2).

II.

Los defensores del cristianismo oponen á estas acusaciones la caridad cristiana, y pretenden que los filósofos la han robado del Evangelio. Si los filósofos son ladrones, son además ingratos, porque hacen una viva crítica de la caridad tal como la entiende la teología, tal como la practican los sacerdotes. La caridad cristiana es ante todo una virtud teológica, es el amor de Dios. Es verdad que Jesucristo añade á esto el amor del prójimo; pero veamos qué han hecho los teólogos de este amor del prójimo; ellos nos enseñarán de cómo el amor de Dios nos obliga á no amar á nuestros semejantes. «Es claro, dice Nicole, que si hemos de amar á Dios con todo nuestro corazón, no podemos conceder parte alguna de este amor al mundo y á las criaturas, porque esta parte que se les concediese sería en perjuicio de la plenitud del amor de Dios. Una consecuencia manifiesta de este precepto es la prohibición que nos impone San Juan de amar al mundo, y lo que nos prescribe San Pedro cuando exhorta á todos los cristianos á abstenerse de todos los deseos carnales, lo cual comprende todo amor á las criaturas.

(1) *El Cristianismo desenmascarado*, p. 136.

(2) *Cuadros de los santos*, p. 207.

Es, pues, una verdad indudable que todo amor de las criaturas por ellas mismas, todo amor que se detiene en la criatura, y que no remonta hasta Dios, es malo y corrompido» (1). Hé aquí una concesión aparente hecha á las afecciones humanas. ¿Quiere esto decir que los filósofos calumnian al cristianismo, cuando le atacan porque condena los sentimientos más dulces y más imperiosos de la naturaleza? La disputa es una pura cuestión de palabras. Ese amor de las criaturas dedicado á Dios es una cosa imposible. Los moralistas cristianos lo conocen tanto, que dicen que el camino más corto y más fácil de no amar á las criaturas por sí mismas, es apartarse absolutamente de ellas y renunciar á ellas para siempre (2). Lo cual equivale á decir con Pascal: «Si hay un Dios, no debemos amar más que á él, y no á las criaturas.» Vemos, pues, en lo que se convierte el amor del prójimo tan decantado por los defensores del cristianismo. Escuchemos la respuesta que da la conciencia moderna á esta aberración por boca de Voltaire: «Es preciso amar con gran ternura á las criaturas; es preciso amar á su patria, á su mujer, á su padre, á sus hijos; se los debe amar tanto, que Dios nos los hace amar involuntariamente. Los principios contrarios son buenos para hacer razonadores inhumanos, y esto es tan cierto, que Pascal, abusando de este principio, trataba á su hermana con dureza y rechazaba sus servicios, por no incurrir en amar á una criatura. Si esta fuera nuestra regla de conducta, ¡qué sería de la sociedad humana!» (3). Rousseau ha dicho lo que sería de ella, lo que es en realidad para los devotos: «El amor de Dios sirve de excusa á los devotos para no amar á nadie» (4).

D' Holbach nos dirá cómo se componen los sacerdotes, no solamente para no amar á nadie, sino para odiar á todos los que no quieren someterse á su yugo, siempre por amor á Dios: «No consideran como su prójimo ni como hombre al que no piensa como ellos. Según estas ideas, denuestan, persiguen, y cuando pueden, hacen exterminar á todos los que les desagradan; apenas se les ve

(1) NICOLE, *Ensayo de moral*, t. V, p. 247.

(2) IDEM, *ibid.*, t. V, p. 273.

(3) VOLTAIRE, *Notas sobre los Pensamientos de PASCAL* (*Obras*, t. XXIX, página 280).

(4) ROUSSEAU, *La Nueva Eloisa*.